

ALBERTO MANGUEL

El viajero, la torre y la larva

EL LECTOR COMO METÁFORA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2013
Primera edición en español (FCE), 2014
Primera edición FCE Argentina, 2015

Manguel, Alberto

El viajero, la torre y la larva : el lector como metáfora. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.
132 p. : il. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

Traducido por: Víctor Altamirano
ISBN 978-987-719-075-5

1. Lectura. 2. Filosofía. I. Altamirano, Víctor, trad. II. Título

CDD 028

Distribución en países de habla hispana

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit
Imagen de portada: J. J. Grandville, "Una larva de los libros".
Tomado de *Vies publiques et privées des animaux (1840-1842)*.
Cortesía de la Granger Collection, Nueva York.

Título original: *The Traveler, the Tower, and the Worm. The Reader as a Metaphor*

D. R. © 2014 Alberto Manguel
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia literaria
www.schavelzon.com

D. R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D.F.
Empresa certificada ISO 9001-2008
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN México: 978-607-16-2351-5
ISBN Argentina: 978-987-719-075-5

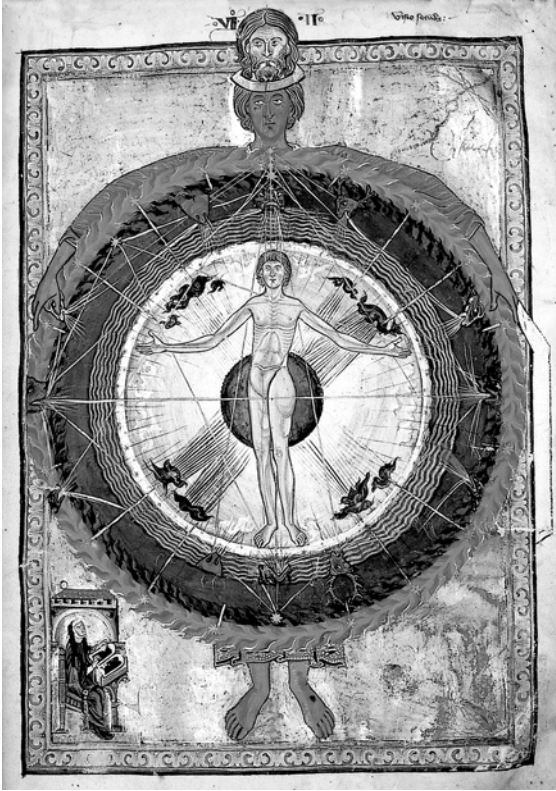
IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

A Craig, con todo mi amor

Índice

<i>Introducción</i>	9
1. <i>El lector como viajero: la lectura como reconocimiento del mundo</i>	15
El libro del mundo	17
El viaje por el texto	29
El camino de la vida	35
Viajar por la red	47
2. <i>El lector en la torre de marfil: la lectura como alienación del mundo</i>	57
La torre de la melancolía	59
El príncipe estudioso	72
La torre de vigilancia	88
3. <i>La larva de los libros: el lector como inventor del mundo</i>	93
La criatura hecha de libros	95
El lector embrujado	107
<i>Conclusión: Leer para vivir</i>	113
<i>Agradecimientos</i>	125
<i>Índice analítico</i>	127

Introducción



Hildegarda de Bingen, "Hombre cósmico".

Tomada de Liber divinatorum operum (ca. 1170-1174).

SOBRE LAS NOTAS

Cuando el traductor de una cita no se menciona, la traducción es mía.

Debido a mi falta de formación universitaria, mis hábitos lectores son menos rigurosos que los de los académicos y al proporcionar una fuente suelo omitir la página en la que se encuentra la cita original. Espero que el lector perdone mi falta, que no se debe tanto al descuido como al entusiasmo aficionado.

No hay hechos, sino sólo interpretaciones.

FRIEDRICH NIETZSCHE,

*Fragmentos póstumos**

Hasta donde sabemos, somos la única especie para la que el mundo parece estar compuesto de historias. Puesto que nuestro desarrollo biológico nos hace conscientes de nuestra existencia, tratamos nuestras identidades percibidas y la identidad del mundo que nos rodea como si requirieran de un desciframiento literario, como si un código que debemos memorizar y entender representara todo lo que existe en el universo. Las sociedades humanas se basan en este supuesto: somos capaces, hasta un cierto grado, de entender el mundo en el que vivimos.

Para entender el mundo, o para intentar entenderlo, no basta la traducción de la experiencia al lenguaje. La lengua apenas se asoma a la superficie de nuestra experiencia y transmite de una persona a otra, en un código convencional supuestamente compartido, notas imperfectas y ambiguas que dependen tanto de la inteligencia meticulosa de quien habla o escribe como de la inteligencia creativa de quien escucha o lee. Con el fin de incrementar las posibilidades del mutuo entendimiento y crear un espacio más amplio de significado, la lengua recurre a metáforas que son, en última instancia, una confesión de su incapacidad para comunicar directamente. A través de las metáforas, las experiencias de un campo iluminan las experiencias de otro.

* Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos*, 3 vols., ed. de Diego Sánchez Meca, trad. de Luis E. de Santiago Cuervós, Tecnos, Madrid, 2007-2010.

Aristóteles sugirió que el poder de una metáfora reside en el reconocimiento que evoca en el público;¹ es decir, el público debe investir el tema de la metáfora de un significado compartido particular. Las sociedades literarias, aquellas que se basan en la palabra escrita, han desarrollado una metáfora fundamental para nombrar la relación percibida entre los seres humanos y el universo: el mundo como un libro que pretendemos leer. Existen muchas maneras de llevar a cabo esta lectura —a través de la ficción, las matemáticas, la cartografía, la biología, la geología, la poesía, la teología y un sinnúmero de otras formas—; sin embargo, la suposición básica es la misma: el universo es un sistema coherente de signos gobernado por leyes específicas; estos signos tienen un significado, incluso si está fuera de nuestro alcance, y, en busca de un atisbo de este significado, intentamos leer el libro del mundo.

No todas las sociedades literarias asumen esta imagen fundamental de la misma manera, y los diversos vocabularios que hemos desarrollado para nombrar el acto de la lectura reflejan, en momentos y lugares específicos, las maneras en que una sociedad específica define su propia identidad. Cicerón, refutando las suposiciones aristotélicas, advirtió contra el uso ocioso de las metáforas que sólo tuvieran por fin la ornamentación. En *Sobre el orador*, escribió que “pues así como la ropa al principio se inventó para repeler el frío y después se empezó también a usar para el adorno y decoro del cuerpo, así la traslación de una palabra se estableció por ausencia de una propia y luego se extendió por placer”.² Para Cicerón, las metáforas nacen de la pobreza del lenguaje, es decir, de la incapacidad de las palabras para nombrar nuestra experiencia de manera exacta y concreta. El uso meramente decorativo de las metáforas es un envilecimiento de su enriquecedor poder esencial.

¹ Véase Aristóteles, *The Art of Rhetoric*, trad., intr. y notas de H. C. Lawson-Tancred, Penguin, Harmondsworth, IX: 3:10, pp. 235-236. [*Retórica*, trad. de Quintín Racionero, Gredos, Madrid, 1990, 9:3:10.]

² Cicerón, *Sobre el orador*, trad. de José Javier Iso, Gredos, Madrid, 2002, lib. III, 38: 155, p. 446.

La sociedad desarrolla una cadena de metáforas a partir de una sola metáfora de identificación. El mundo como libro se relaciona con la vida como viaje, de tal manera que el lector se ve como un viajero que avanza por las páginas de ese libro. Sin embargo, en ocasiones, durante el transcurso de ese viaje el viajero no se involucra con el paisaje ni con sus habitantes, sino que procede, por así decirlo, de santuario en santuario; en consecuencia, la actividad de la lectura queda confinada a un espacio en que el viajero se retrae del mundo en vez de vivir en él. La metáfora bíblica de la torre que denota pureza y virginidad, utilizada para referirse a la novia en el Cantar de los Cantares y a la Virgen María en la iconografía medieval, se transforma, siglos después, en la torre de marfil del lector, con sus connotaciones negativas de inacción y desinterés por las cuestiones sociales, que se opone al lector viajero. La metáfora del viajero evoluciona y el peregrino textual se convierte al final, como todos los seres mortales, en presa del Gusano de la Muerte, una imagen ostentosa de esa otra plaga, más modesta, que carcome las páginas de los libros, devorando a la vez papel y tinta. La metáfora se vuelve sobre sí misma y, así como el Gusano devora al lector viajero, este último (a veces) devora libros, no para beneficiarse de las enseñanzas que contienen (y de las exposiciones de vida), sino tan sólo para hincharse de palabras, reflejando así la obra de la Muerte. Por lo tanto, se ridiculiza al lector por ser una larva, un ratón, una rata, una criatura para la que los libros (y la vida) no son un alimento sino simple forraje.

Estas metáforas no siempre se disponen de manera explícita. A veces la idea se presenta a sí misma, implícita en su contexto, pero la metáfora que la iluminará permanece sin nombre. De hecho, en algunas ocasiones, como con la torre de marfil, la metáfora se crea mucho después de que la idea se presenta a la sociedad. Con la excepción de unos cuantos casos, rastrear la aparición de las metáforas resulta difícil; quizá la discusión de ciertos ejemplos en los que se presenta y desarrolla la noción detrás de la metáfora resulte más útil, más reveladora. En uno de mis primeros libros, *Una historia de la lectura*, dediqué

muchas páginas a la exploración de las metáforas relacionadas con nuestro oficio; intenté rastrear algunas de las más comunes pero sentí que el tema merecía una exploración más profunda; el resultado de dicha insatisfacción es el presente volumen.

Los lectores de la palabra impresa suelen escuchar que sus herramientas son anticuadas, sus métodos obsoletos, que deben conocer las nuevas tecnologías o sufrir el abandono de la manada que galopa. Quizá. No obstante, si bien somos animales gregarios que deben seguir los preceptos de la sociedad, también somos individuos que aprenden sobre el mundo al re-imaginarlo, al ponerle palabras, al recrear nuestra experiencia a través de esas palabras. Al final, quizá sea más interesante y más iluminador concentrarse en aquello que no cambia en nuestro oficio, en aquello que define de manera radical el acto de la lectura, el vocabulario que usamos para intentar entender, como seres autoconscientes, esta habilidad única nacida de la necesidad de sobrevivir gracias a la imaginación y la esperanza.

1. EL LECTOR COMO VIAJERO

La lectura como reconocimiento del mundo

No hallarás los límites del alma, no importa la dirección que sigas, tan profunda es su razón.

HERÁCLITO, fragmento 45

(*Fragmentos*, trad. de Luis Farre, Aguilar,

Buenos Aires, 1977, p. 121)



*Moisés en un libro, Grandes Heures de Rohan (ca. 1430-1435).
Cortesia de la Bibliothèque Nationale de France.*

EL LIBRO DEL MUNDO

Habiéndonos puesto vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Creador que tales cosas hizo.

LUIS DE GRANADA,

Introducción del símbolo de la fe

En el margen izquierdo de un manuscrito francés del siglo xv,¹ una pequeña ilustración sirve de *incipit* al texto; contra un cielo azul oscuro salpicado de estrellas doradas, se ve una mujer que contempla a un bebé sujetado por una correa a su cuna. La imagen representa a Moisés en los juncos. La mujer es María, la hermana de Moisés, quien convence a la hija del faraón de que sea una nodriza judía quien cuide a Moisés; la princesa no sabe que la nodriza es Jocabed, la madre de Moisés. El niño de la ilustración es Moisés; la canasta en la que se le coloca en el río es un libro grueso, rojo y empastado. En un esfuerzo por aliar las enseñanzas del Nuevo Testamento con las del Viejo, los comentaristas medievales buscaron paralelos entre ambos, lo que proporcionó a los artistas y a los escritores de sermones una rica iconografía. La Virgen María era un reflejo de la madre de Moisés, quien recuperó su juventud después de cumplir 156 años y volvió a casarse con su esposo Amram: la virginidad de María se consideraba equivalente al nuevo estado virginal de Jocabed.

¹ *Heures de Rohan à l'usage de Paris*, ms. 9471, Bibliothèque Nationale de France, París.

Como el ángel que anunció a María el nacimiento de Cristo, Dios dijo a Amram que su esposa tendría un hijo cuya memoria “se celebrará mientras haya mundo, y no sólo entre los hebreos sino también entre los extraños”. Con el fin de escapar al edicto del faraón que decretaba el asesinato de todos los niños hebreos (como haría Herodes más tarde, en la época de María), Jocabed hizo una cuna de juncos, cubrió su exterior de brea y la abandonó en las márgenes del Mar Rojo.² La imagen se retoma en esta exquisita ilustración, que combina la reconstrucción de la escena del Éxodo, María que observa al infante Moisés como más tarde la Virgen María observará al niño Jesús, y la promesa de que el Libro llevará a Moisés al mundo, que anuncia de manera implícita la llegada del Salvador. El libro es el recipiente que permite a la palabra de Dios viajar por el mundo; así, aquellos lectores que la siguen se convierten en peregrinos en el sentido más profundo y verdadero.

El libro es muchas cosas. Un receptáculo de la memoria, un medio para superar las limitantes del tiempo y el espacio, un lugar para la reflexión y la creatividad, un archivo de nuestra experiencia y la de los otros, una fuente de iluminación, de felicidad y, en ocasiones, de consuelo, una crónica de eventos pasados, presentes y futuros, un espejo, un compañero, un maestro, una convocatoria de los muertos, un divertimento; el libro en sus muchas encarnaciones, de la tableta de arcilla a la página electrónica, ha servido por mucho tiempo como una metáfora de muchos de nuestros conceptos y empresas esenciales. Prácticamente desde la invención de la escritura, hace más de cinco mil años, los signos que representaban palabras que, a su vez, expresaban (o intentaban expresar) nuestro pensamiento se presentaron a sus usuarios como modelos o imágenes de cosas tan intrincadas y azarosas, tan concretas o tan abstractas como el mundo en que vivimos e incluso como la vida misma. Muy pronto, los primeros escribas debieron darse cuenta de las propiedades mágicas de su nuevo oficio. Para aquellos que han do-

² Véase Louis Ginzberg, *The Legends of the Jews*, vol. 2, trad. de Henrietta Szold, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998, pp. 261-265.

minado su código, el arte de la escritura permitió la transmisión fiel de textos largos, de tal manera que el mensajero ya no debía depender solamente de su memoria; dotó de autoridad al texto plasmado, quizá sólo porque su existencia material ahora ofrecía una realidad tangible para la palabra hablada (y, al mismo tiempo, mediante la manipulación de esta suposición, permitió que esta autoridad se distorsionara o socavara); ayudó a organizar y a volver coherentes las complejidades del razonamiento que solían perderse en el habla, ya sea en las circunvoluciones del monólogo o en las ramificaciones del diálogo. Quizá actualmente nos sea imposible imaginar cómo se sintieron aquellos que estaban acostumbrados a requerir de la presencia corporal de un hablante presencial cuando recibieron repentinamente, en un terrón de arcilla, la voz de un amigo distante o de un rey muerto hacía mucho tiempo. No resulta sorprendente que un instrumento tan milagroso pareciera en la mente de estos primeros lectores la manifestación metafórica de otros milagros, del universo inconcebible y de sus vidas ininteligibles.

Los vestigios de la literatura de Mesopotamia son testigos tanto del sentido de asombro de los escribas como de los usos extraordinarios de este nuevo oficio. Por ejemplo, en *Enmerkar y el señor de Aratta*, compuesto en algún momento del siglo XXI a.E.C., el poeta explica que la escritura se inventó como un medio para comunicar de manera adecuada un texto de muchas palabras. “Porque la boca del mensajero estaba demasiado llena y, en consecuencia, era incapaz de entregar el mensaje, Enmerkar modeló una pieza de arcilla y fijó en ella las palabras. Antes de ese día, era imposible que las palabras se adhirieran a la arcilla.” Como afirma el autor de un himno en el siglo XX a.E.C., esta gran cualidad se vio complementada por la confianza: “Soy un escriba meticuroso que no omite nada”, asegura a sus lectores, con lo que proclama las promesas futuras de los periodistas y los historiadores. Al mismo tiempo, otro escriba, al servicio del rey acadio Asurbanipal en el siglo XVII a.E.C., atestigua la posibilidad de manipular esta confianza: “Borraré

todo lo que no plazca al rey”, declara el leal sujeto con una franqueza que desarma.³

Todas estas complejas características que permitieron al texto escrito reproducir, a los ojos del lector, la experiencia del mundo hicieron que el receptáculo del texto (la tableta, después el rollo y el códice) se viera como el mundo mismo. La propensión humana natural a encontrar en nuestro entorno físico un sentido, una coherencia, una narrativa, ya sea mediante un sistema de leyes naturales o a través de historias imaginadas, ayudó a traducir el vocabulario del libro a uno material, otorgando así a Dios el arte que los dioses habían conferido a la humanidad: el arte de la escritura. Las montañas y los valles se volvieron parte de una lengua divina que debemos desentrañar, los mares y los ríos llevaban un mensaje del Creador y, como pensó Plotino en el siglo III, “si vemos las estrellas como si fueran letras, podemos, si sabemos cómo descifrar este tipo de escritura, leer el futuro en sus configuraciones”.⁴ La creación de un texto en una página en blanco se asimiló a la creación del universo en el vacío, y cuando san Juan declaró en su evangelio que “en el principio era el Verbo”, definió en la misma medida su tarea de escriba y la del Autor mismo. Para el siglo XVII, los tropos de Dios como autor y del mundo como libro estaban tan arraigados en la imaginación occidental que fue posible retomarlos y reformularlos. En *Religio medici*, sir Thomas Browne hizo propios los que para ese momento ya eran lugares comunes: “Por lo tanto existen dos libros de los que recojo mi Divinidad. Además de aquel escrito por Dios, otro de su sirviente, la Naturaleza, el Manuscrito universal y público que yace en toda su extensión frente a nuestros ojos; quienes nunca lo han visto en el primero, lo han descubierto en el segundo”.⁵

³ *Apud.* Dominique Charpin, *Lire et écrire à Babylone*, Presses Universitaires de France, París, 2008, pp. 18, 33 y 208.

⁴ Plotino, *Traité 1-6*, trad. dirigida por Luc Brisson y Jean François Pradeau, Flammarion, París, 2002, tratado III, 6, 20, p. 157.

⁵ Sir Thomas Browne, *Religio medici*, en *The Major Works*, ed., intr. y notas de C. A. Patrides, Penguin Books, Harmondsworth, 1977.

Si bien sus orígenes están en Mesopotamia, la metáfora precisa que relaciona la palabra con el mundo se fijó, en la tradición judía, en algún momento cercano al siglo VI a.E.C. Los antiguos judíos, que carecían casi por completo de un vocabulario que expresara ideas abstractas, solían preferir el uso metafórico de sustantivos concretos para esas ideas antes que inventar nuevas palabras para los nuevos conceptos, dotando así a estos sustantivos de un significado moral y espiritual.⁶ Por lo tanto, para la idea compleja de vivir de manera consciente en el mundo e intentar obtener de él el significado con el que Dios lo dotó, tomaron prestada la imagen del volumen que contenía la palabra de Dios, la Biblia o “los Libros”. Asimismo, para el entendimiento desconcertante de estar vivo, de la vida misma, eligieron una imagen que se usaba para describir el acto de la lectura de estos libros: la imagen del camino recorrido.⁷ Ambas metáforas —libro y camino— tienen la ventaja de una gran simplicidad y del conocimiento popular, y el paso de la imagen a la idea (o, como diría mi antiguo libro de escolar, del *vehículo* al *tenor*)⁸ se puede llevar a cabo de manera natural y tranquila. Por lo tanto, vivir es viajar a través del libro del mundo, y leer es abrirse camino por un libro, es vivir, viajar por el mundo mismo. La comunicación oral existe casi de manera exclusiva en el presente del escucha; un texto escrito ocupa la extensión total del tiempo del lector. Se extiende de manera *visible* en las páginas previas que ya se han leído y en el futuro, en las páginas por venir, de manera muy similar a como vemos el camino que ya hemos recorrido e intuimos el que espera frente a nosotros, de manera muy próxima a la forma en que conocemos el número de años que yacen tras nosotros y (aunque no existe ninguna seguridad de esto) el número de años que tenemos por delante. Escuchar es, en buena medida, un esfuerzo pasivo; la lectura es

⁶ Véase A. Gros, *Le Thème de la route dans la Bible*, La Pensée Catholique, Bruselas, 1957.

⁷ La palabra *camino* aparece más de 600 veces en el Antiguo Testamento. Véase A. Gros, *Le Thème...*, *op. cit.*

⁸ Véase I. A. Richards, *Principles of Literary Criticism*, Kegan Paul, Londres, 1924.

uno activo, como el viaje. Contrario a percepciones posteriores de la lectura que le oponen la actuación en el mundo, en la tradición judeocristiana la lectura de palabras genera acción: “Escribe la visión —dice Dios al profeta Habacuc—, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella”.⁹

El libro de Ezequiel, que probablemente se compuso un siglo después de las profecías de Habacuc, ofrece una metáfora aún más clara del mundo legible. En una visión, Ezequiel ve los cielos abrirse; entonces aparece una mano que sostiene un rollo de pergamino que se extiende ante él: “estaba escrito por delante y por detrás; y había escritas en él endechas y lamentaciones y ayes”.¹⁰ El profeta debe comer este rollo para así poder hablar con las palabras ingeridas a los hijos de Israel. San Juan de Patmos retomará prácticamente la misma imagen. En el Apocalipsis, un ángel desciende del cielo con un libro abierto. “Toma, y cómelo —dice el ángel—; y te amargarán el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel”.¹¹

Las imágenes de Ezequiel y de Juan dieron origen a una gran biblioteca de comentarios bíblicos que, a lo largo de la Edad Media y del Renacimiento, vieron en este doble libro una imagen de la doble creación de Dios, el Libro de las Escrituras y el Libro de la Naturaleza, los cuales debemos leer y en los que estamos escritos. Los comentaristas talmúdicos asociaban el doble libro con las dos tabletas de la Torah. De acuerdo con la *midrash*, la Torah que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí era tanto un texto escrito como un comentario oral. Durante el día, cuando había luz, Moisés leía el texto que Dios había escrito en las tabletas; en la oscuridad de la noche estudiaba el comentario que Dios había dicho cuando creó el mundo.¹² Los talmudistas entienden el Libro de la Naturaleza como la glosa

⁹ Habacuc 2:2. Las citas en inglés de la Biblia provienen de la versión del rey Jaime. [Las citas en español de la Biblia provienen de la versión Reina-Valera, 1960.]

¹⁰ Ezequiel 2:10.

¹¹ Apocalipsis 10:9-11.

¹² Véase Louis Ginzberg, *The Legends...*, vol. 3, trad. de Paul Radin, *op. cit.*